

## CAPÍTULO XIV.

### HAZAÑAS DE DIAZ.

1859-1861.

TEHUANTEPEC COMO LA PUERTA FRANCA INTEROCÉANICA—POSICION DE DIAZ—TRATAMIENTO MÉDICO—ASCENSO—ACTITUD DE LOS LIBERALES Y CONSERVADORES—ARMAMENTO VALIOSO—REOCUPACION DE TEHUANTEPEC—BATALLA CERCA DE MITLA—SITIO DE OAJACA—JOSÉ MARÍA COBOS—BATALLA DE SANTA MARÍA DEL VALLE—FÉLIX DIAZ—SU EDUCACION Y CUALIDADES COMO SOLDADO—ACEPTA UN MANDO SUBORDINADO Á SALINAS—EL CORONEL DIAZ ELECTO DIPUTADO AL CONGRESO—LA CAPITAL ATACADA POR MARQUEZ—DIAZ Á LAS ÓRDENES DE MEJÍA TOMA PARTE EN LA DEFENSA—OPERACIONES DEL SUR—BATALLA DE JALTLACO—INCURSIONES DE LOS CONSERVADORES.

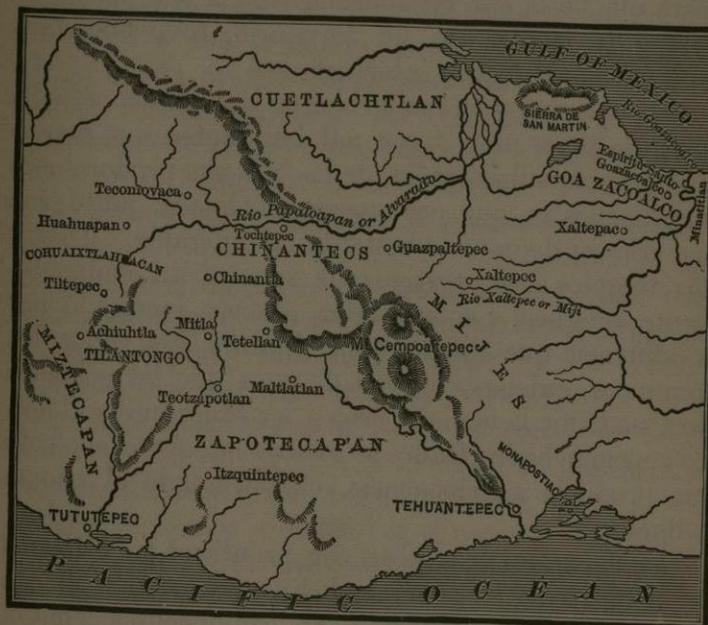
Contribuyó Porfirio Diaz con muchos de los laureles que coronaron los esfuerzos del partido liberal de la república. En cerca de dos años que permaneció en Tehuantepec como jefe político y militar mantuvo para su gobierno esa region, luchando contra un enemigo superior en fuerzas, sin recibir auxilios del gobierno y contando únicamente con los recursos que él mismo supo proporcionarse.

El ruido de los acontecimientos en las provincias del centro, hizo que por este tiempo Tehuantepec llamara poco la atencion; mas no para los economistas y comerciantes de todo el mundo, que conocian su posicion geográfica, grandes recursos en la actualidad, y futura grandeza: pues contando con un suelo rico y una puerta franca ó camino real, desde los tiempos de Cortés se creyó que llegaría á ser la vía dorada entre la Europa Occidental y el Oriente, en vez de la ruta monopolizada de Acapulco y la ciudad de Méjico.

( 320 )

Aun en la época de los aborígenes tenia la reputacion de ser el mejor camino para el tráfico entre el Anáhuac y las ocultas regiones de los Quichés, y con frecuencia viajaban por aquí en las orillas del mar del sur fuertes caravanas. Todas sus expediciones eran por tierra, porque el comercio y las exploraciones marítimas no estaban al alcance de las frágiles canoas de los naturales, que no tenian ni siquiera velas, hasta que las casas aladas de los invasores vinieron de mas allá del horizonte á dar mayor expansion á su reducida esfera.

Las lagunas miasmáticas y los arenales tienden á



MAPA ANTIQUO DE TEHUANTEPEC.

disipar los atractivos de las reventazones y de las crestadas olas, y la mayor parte de las poblaciones de esta zona están á alguna distancia de la playa, hallándose la de Tehuantepec á unas doce millas de su actual puerto de Ventosa y del golfo de Tehuantepec. Siempre habia sido la capital del territorio á que dió su nombre, y alguna vez fué la metrópoli de los reyes

VIDA DE DIAZ.—21

Zapotecos, el último de los cuales, el desgraciado Cociyopu, hijo de la famosa princesa azteca Pelaxilla, fué víctima de la codicia y arrogancia del inhumano Alvarado. Los cuentos de que las playas estaban llenas de perlas solo llamaron la atención de los aventureros por un corto tiempo, y Cortés solo despertó un interés momentáneo organizando aquí sus primeras expediciones para ir en busca del supuesto estrecho y de las islas de la Especería; pero la concentración en Méjico del gobierno para el dominio vireinal, y la circunstancia de que Veracruz y Acapulco absorbían todo el comercio, dejaron á Tehuantepec abandonado hasta que en la era republicana vino á ser por algún tiempo la capital de un territorio, reviviendo sus aspiraciones al tráfico interoceánico.

La población y sus suburbios se jactaban en aquella época de tener unos trece mil habitantes que dependían para su subsistencia, de las mismas producciones semi-tropicales que enriquecen á Oajaca, junto con una crianza de ganado bastante considerable. Diez y seis templos eran testigos de su espíritu eminentemente religioso y conservador, espíritu inculcado por la influencia que allí tuvieron, durante tres siglos, los dominicos, quienes vinieron después que los soldados para sustituir la benigna cruz á los sangrientos ídolos. Los encapuchados frailes se extasiaban al ver el efecto que producía su elocuencia, chapurreando el idioma indígena.

Los naturales aceptaban con prontitud las sutilezas de la doctrina cristiana, mucho más cuando se les presentaba con argumentos tan convincentes como el acero y la pólvora; y les era fácil, ante las bellas imágenes de Cristo y de María, dirigirse á las imponentes sombras de las divinidades de sus antepasados, y de su propio mesías, el místico Huixepcocha, á quien rogaban pidiéndole su emancipación; emancipación que no llegaría, sino cuando pasaran muchas generaciones, en la era del adelanto, de las instituciones republicanas apoyadas por Porfirio Díaz.

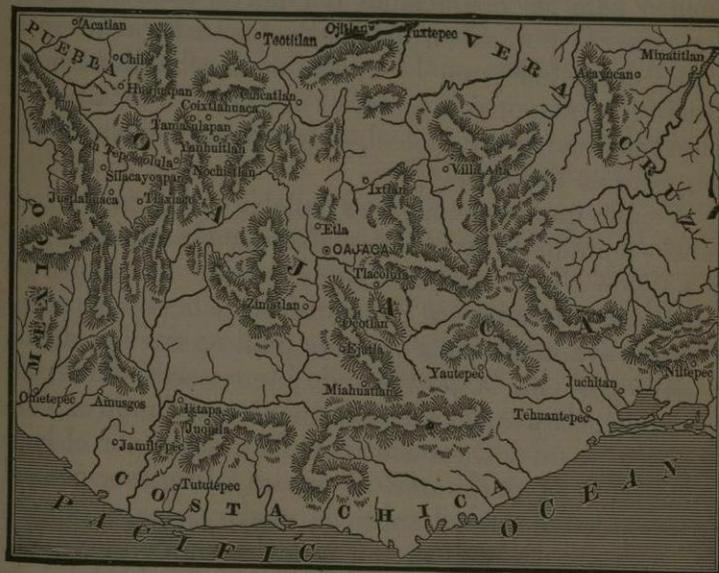
El mismo Cociyopu había dado el ejemplo de una conversión ostensible, fundando la iglesia principal que aun está en pié, para traer á la memoria del observador, con su orden compuesto de arquitectura morisca é indígena y sus murallas carcomidas, las pasadas generaciones y las muchas razas confundidas en una sola en medio de los estragos de las continuas luchas. Toda la población tenía un aspecto lúgubre que muy poco mejoraban sus pintorescos contornos; mas bajo aquella administración transitoria de Díaz, ya se notaba la vivificante presencia de la era que sobrevendría. Díaz protegió la educación, procuró revivir la industria y el comercio; y con la persecución del contrabando y una prudente economía, tal como la de elaborar sus propias municiones, pudo aumentar las rentas fiscales, evitando las escacciones que tanto gravitaban en otras partes, pagar á los empleados civiles, y tener contentos á los soldados. Todo esto no pudo menos que granjearle la gratitud de la población, modificando la opinión de sus habitantes, que estaban acostumbrados á considerar á Oajaca como un vecino agresivo, y á sus soldados como invasores.

Esta rectitud y tino en el manejo de los negocios públicos, era una novedad, especialmente en el mal gobernado Méjico, donde tanto los gobiernos locales como el general, debían á menudo su instalación y existencia á rastroas intrigas políticas; viéndose obligados, por temor y debilidad, á repartir los empleos entre los favoritos que los habían sostenido, y entre los contrarios que era preciso conciliar. Siendo de tales personas muy pocas las aptas para el desempeño de sus obligaciones, si es que siquiera tenían conciencia de ellas, llevando por lo general miras corrompidas, y la intención de aprovechar el tiempo limitado que habían de durar en el poder, para el logro de sus sórdidos fines, sin hacer caso del bien público ni de los derechos individuales. Díaz no permitió que influyeran en sus planes miras egoístas, ni obró por inspiraciones violentas concibiendo proyectos visionarios; sus

esfuerzos nunca fueron movidos por la temeridad; sus propósitos no los pudo debilitar la lisonja, ni la vanidad le hizo emprender imitaciones impracticables, ni tratar de conseguir efectos superficiales; sino que siempre procedió con prevision, buen juicio, sagacidad, y celo. La discrecion y la prudencia han sido el fondo de su carácter militar, yendo unidas á un patriotismo humanitario y á una noble aspiracion: su instruccion para el foro, y la práctica que adquirió en el manejo de los asuntos de Juarez, así como la experiencia de sus primeros años, le sirvieron mucho para poseerse de una infinidad de detalles, y aprovecharlos con su buen talento organizador para llegar á sus fines por nuevas sendas; con entusiasmo para poner en práctica sus ideas; con tacto y firmeza para hacerlas ejecutar; con fértiles recursos para hallar los medios; y con conocimiento de los hombres para elegir los instrumentos mas adecuados con que llevar á cabo sus designios. Cada paso en su carrera habia de servir de base para el subsecuente, y sus trabajos experimentales de la actualidad como gobernante, le iban preparando para mas elevados designios de la suerte en el porvenir.

La extraccion de una bala que por largo tiempo llevó en su cuerpo, verificada por un cirujano de los Estados Unidos, le alivió de tal manera que pronto se vió libre de los males físicos que tanto le hicieron sufrir. Poco tiempo despues fué ascendido á teniente coronel por la victoria obtenida en Junio de 1859, en Mixtequilla; victoria que fué de mucha trascendencia, pues ya se vió el país libre de enemigos. Juntamente con ese despacho le vino á la vez la importante comision de atender al envío de armamento para las fuerzas que se organizaban en las costas de Guerrero, Michoacan, y Jalisco. Esto exigia que hiciera él, sin pérdida de tiempo, una expedicion atravesando el istmo para conducir 8,000 fusiles y rifles, y con ellos una gran cantidad de municiones, desde Minatitlan hasta el puerto de la Ventosa. Aunque

débil aun por la operacion quirúrgica que se le habia hecho, no vaciló en cumplir con esa comision, en la que debia sufrir muchas penalidades y correr grandes peligros. Las fuerzas de los conservadores recorrian todo el país, y el camino estaba obstruido por las crecientes de los rios; de manera que además de los serios obstáculos de la marcha en tiempo de aguas, y del riesgo que se corria al atravesar fuertes corrientes, no faltaron algunos encuentros hostiles, y hubo que hacer marchas forzadas durante la noche, por ásperos y enmarañados caminos; sin embargo, la expedicion se llevó á cabo con prontitud y felicidad.



OAJACA.

Siempre el buen éxito coronó las empresas del coronel Diaz, distinguiéndose en esto de los otros jefes liberales de esa region, cuyos frecuentes descalabros acabaron con el gran desastre que sufrió el general Mejía, jefe de operaciones en Oajaca. Este cuerpo principal, que constaba de 3,000 hombres, quedó completamente derrotado y disperso en Teotitlan, lo que dió por resultado la ocupacion de la capital del estado

por Cobos; y poco despues, la sujecion de todo él ménos los distritos de Villa Alta y Tehuantepec.

Cobos habia tenido noticia del importante armamento que debia ser embarcado en el último de esos lugares, y deseando apoderarse de él, envió en su persecucion ochocientos hombres al mando de Alarcon y Trujeque. En el estado en que se encontraban las cosas parecia imposible contener el torrente de triunfos de los conservadores, y Diaz recibió en consecuencia instrucciones del ministro de la guerra para retirarse á Veracruz, destruyendo ántes el armamento; pero conociendo el valor incalculable de ese armamento para las operaciones del norte, resolvió hacer un esfuerzo por salvarlo, y por esto, en lugar de retirarse del estado, con la ayuda de los habitantes de Juchitan, trasportó el material de guerra á esta poblacion mas fuerte y mas leal, organizando nuevas fuerzas para su defensa.

Viendo que el enemigo se hallaba en la inaccion, se sintió tentado de recobrar su abandonada capital; y el dia 24 de Noviembre de 1859 avanzó con trescientos hombres. Acercóse á Tehuantepec de noche, sorprendió una avanzada ántes que esta pudiese dar la alarma, y supo por ella la posicion de los conservadores; en consecuencia avanzó silenciosamente, enviando al mismo tiempo un destacamento que la atacara por el lado opuesto. Al despuntar la aurora, dirigióse con el grueso de su fuerza sobre el cuartel, punto el mas importante, por un camino que él conocia muy bien; el general Alarcon confiando con seguridad en la superioridad de su fuerza, así como con las simpatías de los habitantes, no habia tomado las debidas precauciones, y ántes de que lo sospechara, vió atacada su retaguardia por unas fuerzas que cayeron sobre ella con asombrosa rapidez.

A pesar de la confusion que esto causó, tuvo tiempo la guarnicion de ocupar sus puestos, y al avanzar los asaltantes, cayó sobre ellos una lluvia de balas derribando á muchos buenos soldados y haciendo vacilar al

resto. Diaz vió el peligro que corria si no tomaba una pronta resolucion, "¡Fuego!" gritó, y colocándose al frente de los suyos, ordenóles que le siguieran. Antes que el humo se hubiese disipado, habia pasado la garita; al mismo instante se dejaba oír el fuego por el frente, y creyéndose la guarnicion circunvalada, se retiró en desórden, persiguiéndola de cerca los soldados de Diaz. Sin embargo, apenas habian salido del cuartel cuando ya la caballería de Trujeque, detenida algun tiempo por el bien calculado movimiento de retaguardia, avanzó ruidosamente á rescatar lo perdido. Lucióse entónces la admirable disciplina de la fuerza de Diaz: en un instante formóse esta en cuadro, y resistió denodada la carga, haciendo retroceder en confusion á la caballería. Unas cuantas descargas mas la hicieron emprender la fuga. Los liberales siguieron en su persecucion por mas de una legua, y volvieron al medio dia á la ciudad capturada con un buen botin, en el que figuraban setecientos fusiles. Pudo entónces ya embarcarse con direccion al norte el armamento que se habia quedado en Juchitan, y el gobierno premió á Diaz con el ascenso á coronel.

Esta victoria dió nuevos bríos á las autoridades fugitivas del estado, que entónces se hallaban en Ixtlan, y el gobernador Diaz Ordaz ofreció su cooperacion á nuestro héroe, quien se decidió á tomar la ofensiva contra el mismo Cobos. Nuevas fuerzas corrieron á ponerse bajo su estandarte, y á mediados de Enero de 1860, salió de Tehuantepec á la cabeza de quinientos infantes, entre los que se hallaban unos cuantos de los primitivos guardias nacionales y un cuerpo de tropas chiapanecas, siendo el resto gente de Juchitan y de sus contornos.

El punto de reunion debia ser á inmediaciones de Tlacolulan, no léjos de las majestuosas ruinas de Mitla, cuyas proporciones gigantescas, y notables fachadas de mosaico, de rítmicas grecas y laberintos, causan admiracion al viajero, así como en otro tiempo fueron la adoracion de innumerables peregrinos.

Mitla fue el gran centro religioso de esta region, fundada por los discípulos de Quetzalcoatl, el héroe de la cultura, cuyo sucesor, Huiyatao, tenia señorío sobre la iglesia y el estado, como soberano pontífice, y cuidaba los altares donde se depositaban las valiosas ofrendas que aun de léjos venian. Los cambios de clima y los estragos de la guerra habian comenzado su destruccion ántes que los españoles viniesen á completar su ruina; y á la par de las deidades, que aprisa se alejaban, los mismos naturales huyeron, á tal grado que el silencio llegó á reinar, donde ántes al canto de los sacerdotes hacia eco el de las aves de hermoso plumaje.

Allí donde en otro tiempo se veian hermosos jardines y una vegetacion exuberante y alamedas de árboles frondosos, unos cuantos pitahayos existen solamente para hacer mas notable la desnudez de los cerros áridos de los alrededores, habitados tan solo por venenosas tarántulas y escorpiones que se arrastran y retuercen, presentando una horrible efigie de la vida. Un viento helado corre por el estrecho valle levantando del estéril suelo nubes de polvo, como para hacer sombra, á la vez que abajo la corriente tortuosa apresura su curso como huyendo de aquel lugar de desolacion. Sin embargo, no ha sido completa la maldicion que cayó sobre ese lugar, pues en tiempo de lluvias se deja ver un pequeño oasis en derredor de una aldea con su iglesia, sobre cuyo campanario hay una cruz, como para exorcisar al enjambre de maldicidos nahuales que revolotean sobre Mitla, nombre que significa "mansion de los muertos."

Cobos tuvo noticia de la maniobra proyectada y envió á Marcelino Cobos con mil hombres de las tres armas para impedir la reunion de las fuerzas enemigas y batirlas en detal. El coronel Diaz se encontró en una posicion muy difícil. Una gran parte de sus reclutas se habian enganchado creyendo que no se trataba mas que de un paseo militar á la capital del estado, donde se enseñorearían sobre los oajaqueños

tan impopulares para ellos, haciendo al son de la música una entrada triunfal á la que seguiría una serie de fiestas. En lugar de esto encontráronse con las penalidades de un camino hecho á marchas forzadas, siendo las raciones escasas, y con la alarmante noticia de que se acercaba á ellos una fuerza superior bien



SOLDADO RASO.

provista de artillería, que para aquella gente indisciplinada era bastante motivo de terror. Aquellos reclutas, despues de murmurar en silencio, acabaron por dar muestras de insubordinacion manifestando estar resueltos á volverse á sus casas. Semejante defeccion no era de tolerarse. Era preciso mantener

la disciplina á todo trance, especialmente en circunstancias tan críticas; así pues, el jefe ordenó que los instigadores del desorden fuesen fusilados, para que sirvieran de ejemplar, y sus secuaces comprendieran la enormidad de su delito. Era para Diaz una terrible prueba, esto de hacerse árbitro de la vida y de la muerte de sus soldados. La idea no era nada halagüeña para él, pero comprendió la necesidad que habia de subordinar todo sentimiento y simpatía á un gran fin, y las consideraciones individuales al bienestar comun.

En tales circunstancias se propuso avanzar al encuentro del gobernador en el camino; mas se halló interceptado por fuerzas de Cobos el día 31 de Enero. Era para Diaz por lo comun mas satisfactorio dar una carga, que tener que resistirla; pero con tantos reclutas inexpertos que nunca se habian batido, tan descontentos, y que solo la fuerza de voluntad de su jefe los tenia en sujecion, creyó mas prudente tomar una posicion conveniente, y disponer su gente de manera que los leales pudiesen dominar á los que se sospechaba de no serlo.

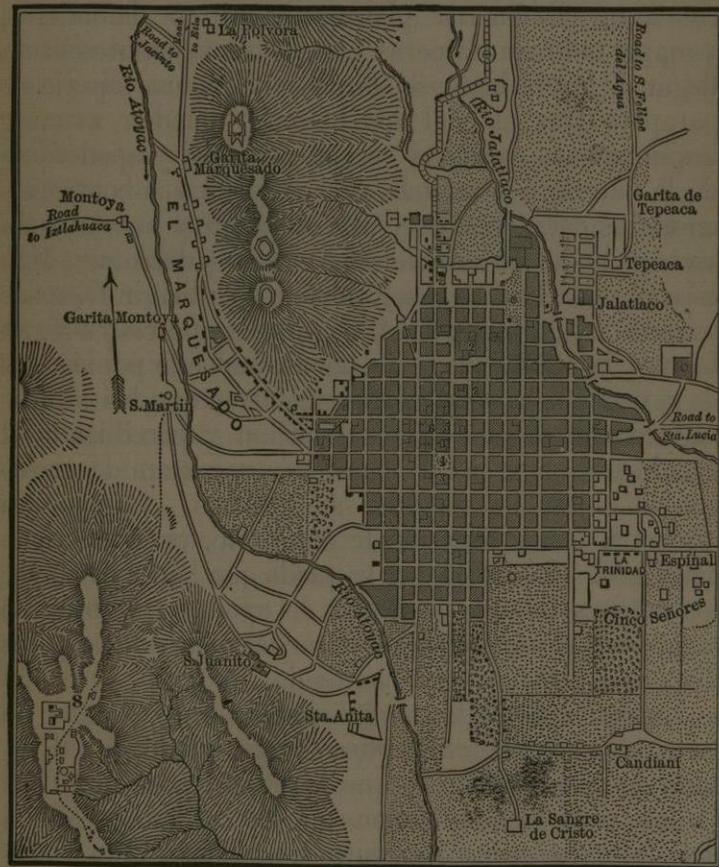
Los conservadores aceptaron desde luego el desafio haciendo rugir sus cañones y disparando su fusilería. Ábrense brechas en las filas de los liberales y muchos de los cuerpos bisoños se amedrentan como codornices al oír el silbido de las balas. Pero las disposiciones de Diaz sirvieron admirablemente para contener á su gente, la que resistió la carga del enemigo sin moverse, haciendo sobre él una descarga cerrada que lo obligó á retroceder. Ordenó sin embargo sus filas prontamente, y volvió á la carga por el frente y por el flanco. Este doble movimiento tuvo mejor éxito. El ala izquierda de los liberales, compuesta de los reclutas mas bisoños, empieza á cejar, amenazando envolver en el desorden al resto de la fuerza; Diaz se mete entre ellos con un puñado de valientes y logra con la persuacion y el ejemplo cerrar aquella brecha. Tras otro esfuerzo mas, el enemigo es rechazado, huyendo esta

vez en alguna confusion. Instantáneamente observa Diaz la ventaja que le ofrecian las filas rotas del enemigo, y animado por el aspecto de los soldados resuelve cargar él á su vez. Danse las órdenes sin pérdida de tiempo, y entónces, al grito de "¡Á ellos!" avanza violentamente con toda su fuerza. Tan recio y tan inesperado fué este movimiento que los conservadores aterrizados no piensan ya ni en defenderse, y empujando las primeras filas á las siguientes hasta llegar á las últimas, se convierten en una especie de parapeto tras el cual los liberales pueden avanzar impunemente contra el cuerpo principal y apoderarse de la batería, rechazando para atrás á sus contrarios en masas desordenadas. Así es como se convirtió en victoria lo que ántes amenazaba ser una derrota. Mas este no fué el fin de esa jornada. Al dirigir Diaz sus miradas en derredor de sí, no ve mas que restos de su fuerza; la mayor parte lo ha abandonado poniéndose en retirada hácia los cerros, miéntras que los conservadores, libres ya de la persecucion y percibiendo el estado en que se hallan las cosas, se ordenan de nuevo con el objeto de recobrar su posicion. Comprende que otra carga mas puede arrollarlo, pues no tiene artilleros. Lo único que le queda que hacer es clavar los cañones de que se acaba de apoderar y retirarse luego, con el objeto de procurar la vuelta de algunos dispersos y reunirse con su aliado.

La accion de Mitla no fué sin provecho, á pesar de todo, para los liberales; pues Cobos quedó en tal estado de desmoralizacion que al encontrarse con Diaz Ordaz, poco tiempo despues cerca de Santa María del Valle, fué completamente derrotado. Esta victoria costó la vida al digno gobernador. Su segundo, el coronel Salinas, continuó la persecucion del enemigo hasta Tlalixtac, dos leguas al nordeste de Oajaca donde hizo alto hasta la llegada del coronel Diaz.

El gobierno de Oajaca pasó á manos de Márcos Perez; este, como antiguo amigo de Porfirio y enemigo de Salinas, ofreció á Diaz el mando de las fuer-

zas del estado, mas el deseo de adelantar en su carrera no era para Diaz de esa especie egoista, que es tan comun entre los políticos y pretendientes de empleos en todos tiempos y en todas las naciones. Salinas era superior, y el triunfo obtenido por las fuerzas de aquél habia sido mas decisivo que el de las



PLANO DE OAJACA.

suyas; por tanto Diaz no solamente rehusó aceptar el ofrecimiento del nuevo gobernador, sino que pensó en arreglar sus diferencias con Salinas y quiso mejor servir á las órdenes de este como segundo.

Púsose sitio á Oajaca, y en él Diaz tuvo á su cargo

la parte mas difícil, que fué la de tomar el cerro de la Soledad, desde cuyas alturas se domina la ciudad, y en seguida ocupar los suburbios de la villa del Marquesado. Cuando estos acontecimientos tenian lugar, llegó orden del presidente para que se aguardase la venida del general Rosas Landa que debia traer refuerzos y dirigir las operaciones. Landa era hombre de grandes conocimientos teóricos, pero le faltaba la energía; de modo que aunque las operaciones eran dirigidas con admirable ciencia, sirviendo de lecciones al espíritu observador de Diaz, progresaban tan lentamente que duraban aun ya muy entrado el mes de Mayo, dando tiempo á que le llegasen al enemigo refuerzos de Méjico al mando del hermano del general Miramon. Aquella tardanza, así como el carácter de Rosas Landa, entremetido y exagerado en materia de disciplina militar, disgustaron de tal manera á las fuerzas liberales, que en breve quedaron reducidas por la desercion á ménos de la mitad del número primitivo de 2,500 hombres. Al acercarse pues, Miramon, Rosas Landa se retiró hácia Ixtlan, seguido tan de cerca por el enemigo que se vió en grave peligro de perder la artillería, y seguramente la habría abandonado á no haber sido por la hábil demostracion que hizo Diaz, quien con un cuerpo ligero obligó á la columna enemiga á retroceder.

Inmediatamente despues ordenósele que fuese en auxilio de Ixtepejí, á donde llegó el 16 de Mayo, precisamente en los momentos en que la guarnicion se retiraba de aquel pueblo; mas al ver esta que le llegaban refuerzos suspendió su marcha, mientras que el general Trejo se replegó para hacer tambien sus preparativos para la batalla, que indudablemente se libraría muy pronto. La gente de Diaz estaba rendida de fatiga por sus marchas forzadas; mas como la demora pudiera dar al enemigo ocasion de tomar una posicion mas ventajosa, resolvió aquel jefe dar un empuje, lo que verificó desconcertando el ala izquierda del enemigo que amenazaba flanquearlo. Diaz á su vez

sufrió, sin contestar, sobre su derecha las nutridas descargas de fusilería del enemigo, reservándose hacer fuego sobre una columna mas fuerte que se le presentaba al frente. Siguióse una descarga destructora sobre la columna asaltante ántes que esta pudiera recobrase del choque. La maniobra de Diaz tuvo un éxito completo, y con un pequeño esfuerzo mas logró poner al enemigo en fuga. Sobre la marcha se comenzó la persecucion y la carnicería, avanzando los soldados de Diaz por sobre cadáveres y moribundos, á la vez que sus gritos de regocijo resonaban entre las montañas, llegando el eco de ellos á los oídos del enemigo que ya se habia descorazonado completamente. Trejo volvió á Oajaca con una sétima parte apenas de los setecientos hombres que habia llevado consigo.

Rosas Landa, entre tanto, habia hecho entrega á Salinas del mando que ya le era desagradable, apresurándose á pedir al supremo gobierno, situado entonces en Veracruz, nuevos auxilios. Llegó á aquel puerto cuando se acababa de recibir la noticia del triunfo de Diaz. Tales hazañas, consumadas por un oficial jóven con un puñado de hombres, no pudieron ménos que provocar ciertas observaciones nada honoríficas para el general, principalmente cuando este habia dejado su puesto sin licencia. José María Cobos fué un hombre que en alas de la fortuna se levantó á una altura tal, que se conquistó la admiracion de una persona al ménos, la de él mismo. Habiendo empezado por contrabandista y tendero al menudeo, llegó con el favor de Santa Anna á oficial vivo y efectivo del ejército. Siguiendo así puramente los movimientos de esa veleta política, de ese manipulador triton, cambiaba como él de un partido á otro, y así fué recorriendo la escala militar; miéntras otros oficiales inteligentes pero ménos agudos, con dificultad conservaban apenas sus primeros empleos. Estos últimos adelantaban, cuando mas, lentamente en la carrera militar, pues no hacian otra cosa que esgrimir la

espada, y derramar su sangre en defensa de fantásticos principios, en vez de dirigir sus esfuerzos á cosas mas positivas, y aprovecharse de la debilidad de un gobierno tímido, valiéndose de las intrigas de partido. Cobos jamás se dejó arredrar por enemigos morales, ni retrocedió tímidamente ante contrarios mas débiles; tampoco se descuidó de apoyar sus pretensiones hasta con importunidades. Los reveses parciales no le abatian, antes bien despertaban en él mayor perseverancia y mas disposicion á doblegarse. Otros logran grangearse la admiracion de sus subordinados con actos heróicos; mas él supo ganarse la adhesion de los suyos con lisonjas, y comprar su afecto con generosas dádivas de bienes secuestrados; con esos medios mantenía la influencia y fama de general muy popular.

Por mas de dos meses estuvo Cobos saboreando la satisfaccion con que veia los acontecimientos, haciéndose la reflexion de que todavía era dueño de la situacion en Oajaca, miéntras que sus subordinados sobrellevaban la violencia de los ataques y las derrotas en los campos de batalla. La actitud pasiva de sus adversarios, ocupados entonces en reponer su equipo y armamento, le dió nuevos bríos, y pensó en levantar fuerzas bastantes para asegurar un éxito definitivo. Juzgó que para ello sería muy divertido hacer caer en una celada al enemigo; y en consecuencia, hácia fines de Julio mandó á uno de sus ayudantes que propusiera á los liberales la entrega de la capital del estado. Afortunadamente, Diaz tuvo la cautela de no dar pasos aventurados en esa negociacion, y al descubrir la red que se le tendia, retiróse con Salinas á las haciendas de San Luis y de Dolores, distantes dos millas de la ciudad, y situadas al pié de la cordillera.

Otro jefe que no fuera Cobos habría sacado partido desde luego, dando al enemigo una terrible carga; mas él no era de esa clase de hombres enérgicos, sino por el contrario, calmado, cualidad que á menudo le valió para sacar provecho hasta de los fracasos. El movi-

miento de los liberales le dió á conocer que no tenían mas que setecientos hombres y tres piezas de artillería, mientras que él podia contar con una fuerza tres veces mayor. He ahí, pues, una buena oportunidad en que pudo recoger seguros laureles y mostrar á sus subordinados la manera de hacerlo. De consiguiente, el día 5 de Agosto emprende la marcha á la cabeza de 2,000 hombres y doce piezas de batir para humillar al enemigo. Prepárase á atacar su campo; mas tan defectuosas son sus disposiciones que casi inutilizan á una gran parte de sus fuerzas.

Diaz percibe inmediatamente aquel desatino, y despues de que el enemigo ha quedado rendido de cansancio, atacando en vano su bien escogida posicion, aprovecha el momento en que retrocede en desórden para arrojarle sobre él con uno de sus empujes irresistibles. La línea del frente es batida, y se replega en confusion sobre el grueso de la fuerza, amenazando arrollarla. Cobos, sin embargo, se repone avanzando oportunamente con la reserva, la cual con una terrible descarga contiene á los liberales abriendo sangrientas brechas en sus filas; mientras tanto, el resto de la fuerza trata de rehacerse apresuradamente para volver á la carga. Hay mas todavía; para colmo de males, Diaz queda herido. Empero, fijo en su propósito, y con la seguridad de un próximo triunfo, no se cuida de sí mismo. ¡Adelante! exclama, y ántes de que sus adversarios se hayan rehecho, les da otra carga, con la que los pone en completo desórden, llenándolos de tanto pavor, que logró llegar á la batería misma, la cual se mantiene muda detrás de las filas fugitivas. Apodérase de ella sin pérdida de tiempo, y volviendo los cañones contra los anteriores poseedores, aumenta la confusion de estos con el estruendo, y parece que el ronco zumbido de los gruesos proyectiles y el agudo silbo de la fusilería daban alas á las víctimas de aquel terrible pánico, quienes buscaban algun lugar que les prestase seguridad. Tras este esfuerzo Diaz se siente desfallecer con la pérdida de sangre;

á pesar de esto continúa estimulando á sus tropas para que sigan adelante en persecucion de los derrotados reaccionarios; y llevado en hombros de sus fieles soldados se mantiene en el campo, haciendo picar la retaguardia del enemigo, hasta la misma ciudad, de cuya plaza se apodera, á la vez que Salinas se hace dueño de la parte del norte.

Alcanzadas estas ventajas, comenzáronse desde luego los preparativos para poner sitio el dia siguiente á los conventos. Aquí, como en las demás poblaciones, los fuertes muros de esos edificios han sido convertidos en ciudadelas con su correspondiente artillería, cuyo aspecto amenazador reemplaza en los pórticos, las terribles miradas de los vigilantes frailes, mientras las hendidas troneras y derruidas cornisas hablan de ataques mas dañinos que los del tiempo. Soldados bulliciosos reúnen ahora al toque de clarines y tambores, reemplazando con el estrépito de las armas y sus canciones de guerra, la armonía de las campanas y el canto suave y melodioso de los frailes, y con el brillo de las bayonetas y el fulgor de la pólvora, la claridad apacible de los cirios.

Desde el rayar del alba nótase gran agitacion en el campamento que se apresta á comenzar las operaciones. Colócanse debidamente los cañones quitados al enemigo, esperándose sacar de ellos esta vez mayores ventajas que en la anterior. Mas es cosa singular que ni el mas ligero ruido llega de los conventos. Todo está tranquilo. Acaso se trata de un nuevo lazo. Pero no: á poco descúbrese lo que pasa. Cobos ha huido con el favor de la oscuridad de la noche, y ayudado tambien por los ruidosos preparativos de sus enemigos, á refugiarse en las fuertes posiciones de la Mizteca.

Durante la forzada reclusion del coronel Diaz para curarse la herida que recibió en un pié en la última accion, se paralizaron á tal grado las operaciones de la fuerza liberal, que envalentonado el enemigo volvió á presentarse en el valle. En su disgusto renegaba

Diaz de las muletas y los vendajes. Acordóse entonces de su hermano Félix, que en esas circunstancias podia ayudarle eficazmente.

Félix Diaz era el menor de la familia, y desde la infancia era el predilecto de su madre y de sus hermanas. Empero, los asiduos cuidados de aquel cariño femenino se avenian muy mal con las inclinaciones que tuvo desde niño por toda clase de pasatiempos turbulentos, y con sus instintos bélicos que le hacian ver con indiferencia los peligros á que exponia su persona y hasta su propia vida; cosa que tenia en constante alarma á los de su casa. Doña Petrona buscaba en vano en aquel carácter atolondrado algun rasgo que animase la débil esperanza que no abandonaba, de tener en la familia un clérigo, ó por lo ménos un hijo que permaneciera á su lado para servirle de apoyo en la vejez. Don Porfirio, como jefe de la familia, habia decidido que era mejor dejar que las inclinaciones del muchacho siguieran su curso; y en consecuencia, lo envió al colegio militar de Méjico, de donde á su debido tiempo salió de alférez, destinado al 3r regimiento de caballería.

Fuó iniciado entónces en las diferentes fases de la guerra contra los indios sublevados, en la que las atrevidas sorpresas, felices en unas ocasiones, y chasqueadas en otras, realzaron su fama en medio de las penalidades de la guerra de montañas, siempre acompañada de marchas forzadas, de escasez de alimentos y de constantes peligros; infundiéndole, con el aire vivificante de la tierra, la inspiracion que brota de la grandeza y hermosura de la naturaleza, y de donde dimanán á menudo, un elevado patriotismo y grandes hazañas. Despues de esas duras, aunque provechosas lecciones, se dedicó á apoyar la causa del progreso y de los derechos del pueblo contra los designios de los conservadores, con lo que vino á asemejarse mas al hermano, á cuya prevision y afecto debia su carrera, y distinguióse en muchos encuentros con tan buen éxito, que estos le valieron rápidos ascensos.

Don Félix presentaba el verdadero tipo del soldado en su físico robusto y muscular, que se revelaba en la seguridad y soltura de su andar y de todos sus movimientos, así como en la accion de su vigoroso brazo; con una voz estentórea que podia oirse en medio del estruendo de una batalla; con el rostro simpático por la cordial franqueza que reflejaba en el trato con sus amigos la amabilidad de su carácter, á la vez que sus ojos á menudo daban á conocer cuanto apreciaba él lo chistoso; todo eso desaparecia en lo recio del combate tornándose sus miradas en rayos de repelente fiereza.

Faltábale esa admirable combinacion de la vivacidad natural y el reposo exterior que en Don Porfirio hacian adivinar la fuerza sojuzgada por una prudencia sagaz. Carecia tambien del magnetismo que atrae, é influye en el ánimo de los hombres, ó la rápida percepcion y presciencia, la pronta resolucion y firmeza, que en su hermano llegaron á desarrollarse en un genio directivo que no se dejaba conmover, ni aun por las tempestades que él mismo desataba.

Don Félix era de un espíritu indomable al que no podia poner freno la prudencia, y la atmósfera en que con mas gusto respiraba era la del ciclon cuando con mas violencia rugia; siendo para él las aventuras la poesía de la vida, y los peligros su deleite.

El coronel Salinas, que aun conservaba de nombre el mando de la fuerza, no podia dejar de conocer la superioridad del talento de Diaz, ni negar que este hubiese sido en realidad quien habia dirigido todos los movimientos con el mayor acierto. Salinas quiso disculpar su poca actividad con la falta de municiones. Estas, en efecto, no podian obtenerse de pronto; mas Diaz no se detuvo ante esa dificultad, y mostró cierto número de cajas vacías para inspirar confianza á sus soldados. Partió en consecuencia el teniente coronel Félix Diaz para auxiliar á Salinas en calidad de su segundo, y los dos, encontrándose con Cobos en las Sedas consiguieron al fin derrotarlo. Para premiar

esas diversas acciones, Salinas fué ascendido á general de brigada, y Porfirio Diaz á coronel del ejército de línea.

Encontrándose ya los liberales sin nadie que les disputara la posesion del sur, ambos jefes recibieron órdenes de formar una brigada para operar en los estados del centro. Esta, compuesta de dos batallones á las órdenes de los tenientes coroneles Velasco y Montiel, un cuerpo de lanceros al mando de Don Félix, y una batería mixta, se unió á la division del general Ampudia en Tehuacan, y despues de varias escaramuzas en Puebla, se puso en movimiento para auxiliar á Ortega que marchaba sobre la capital de la república; mas no llegó á tiempo, aunque sí para tomar parte en la persecucion del enemigo y hacer su entrada triunfal en aquella ciudad. Despues de otra campaña sobre Chacon, se recibieron órdenes para disolver la brigada, dándose de baja á los soldados por no haber ya necesidad de tanta fuerza, y tener resuelto el gobierno que se hicieran economías en todos los ramos.

Al volver los soldados, llevaron consigo la fiebre tifoidea á Oajaca, siendo uno de los invadidos el coronel Diaz, quien, sin embargo de estar postrado, tuvo el consuelo de ver que sus conciudadanos, en debido reconocimiento á sus servicios, lo eligieron diputado al congreso general. Este acontecimiento no pudo ménos que alentar su espíritu, y revivir en él la ambicion que por tanto tiempo habia abrigado de concluir en la capital el estudio de las leyes y ser recibido de abogado; pensamiento que le sugiriese, no tanto el deseo ó la esperanza de dedicarse á la abogacía, cuanto el convencimiento de que aquella instruccion le serviría para alcanzar la realizacion de nuevas miras desperdadas por su carrera en el congreso.

Al mismo tiempo la idea de separarse del ejército no le halagaba de ninguna manera; pues, durante estos últimos años, se connaturalizó tanto con las peripecias de la guerra que, mas que todo, amaba la vida militar. Eran en gran parte las ideas que lo sugería su

propia aptitud, de la que casi no tenia conciencia, las que le hacian, á pesar de su modesta reserva, aspirar al puesto á que realmente estaba llamado, esto es, al de gobernar á los demás hombres. En el campo de batalla, rodeado de sus fieles compañeros, experimentaba mas que en ninguna otra parte el placer de la ambicion satisfecha. Allí podia abrirse camino, sin luchar tanto contra los celos y la envidia que debia afrontar en el terreno legislativo. Las penalidades de la guerra habian sido hasta entónces las dulzuras de su vida, y el fragor de la batalla resonaba aun en sus oidos cual música armoniosa. Mas tiene que doblegarse ante la suerte que ahora le empuja hácia la capital de la república, donde debe labrar, como legislador, otro escalon para ascender á la grandeza.

Aunque virtualmente destruidas las fuerzas conservadoras, continuaron sus hostilidades en partidas, diseminadas principalmente por las regiones montañosas, capitaneadas por jefes que no pudieron hallar mejor ocupacion que vivir de la guerra, la cual les ofrecia muchos y tentadores premios en forma de ricos botines y de préstamos forzosos, sin contar con los auxilios que les proporcionaban la iglesia, los conspiradores, y sus satélites. ¿Qué les importaba á estos ó á aquella la calidad de los medios, cuando se trataba de fines para ellos tan santificados?

El mas prominente entre los jefes revolucionarios era entónces Leonardo Marquez, quien poco ántes habia sido el brazo derecho de Miramon, y que ahora por la política de paz y economías seguida por Juarez, se aventuró á ensanchar sus operaciones hasta atreverse por fin, en Junio 24 de 1861, á atacar la capital, acercándose á ella por la calzada de San Cosme. Hallábase justamente en sesion la cámara cuando llegaron hasta allá las inesperadas nuevas. Siendo Diaz, como él mismo lo dijo, "soldado ante todo," pidió desde luego permiso para retirarse, y fué corriendo al lugar del peligro, por entre grupos de ciudadanos consterna los. Sucedió que el ataque lo resistieron las

fuerzas de Oajaca que estaban acuarteladas en el convento de San Fernando, al mando del general Mejía. La venida del coronel Diaz fué celebrada con los gritos de alegría de sus antiguos compañeros de armas, y sirvió no poco para avivar su entusiasmo. Mejía aceptó con anhelo sus servicios, dándole un trozo de fuerza con la que cayó sobre el flanco izquierdo del enemigo. Marquez habia preparado una sorpresa, y no contaba con tan veloz retorno del *boomerang*. El resultado fué una diversion que sacó á los defensores de San Fernando de su predicamento, y los permitió hacer una contracarga que prontamente se convirtió en persecucion del enemigo puesto en fuga.

La importancia del auxilio que Diaz prestó puede mejor comprenderse por el aprecio que de él hizo el gobierno, dando á dicho jefe el mando de la brigada de Oajaca en sustitucion de Mejía, que se habia enfermado, con órden de incorporarse á la division de Ortega, quien estaba á punto de ponerse en marcha á destruir los restos del ejército conservador. Tras una fatigosa persecucion de dos meses por el sur de Méjico, con sus correspondientes marchas y contramarchas, llegó á saberse que Marquez se hallaba en Jalatlaco, y que su fuerza constaba ya de cuatro mil hombres con cinco piezas de artillería. Envióse á Diaz por delante con su columna ligera para detenerlo mientras llegaba Ortega con el grueso de la fuerza. Diaz no era, como ya lo hemos visto, hombre que se desentendiera de su deber como subordinado, ni que procurara sacar provecho á costa ajena; mas por los informes recogidos, juzgó que con un pronto y decisivo esfuerzo podia en esa vez obtenerse definitivamente el objeto de la campaña, mientras que la dilacion podría hacerla prolongar, y tal vez fracasar.

Forzando la marcha llego hasta muy cerca de la poblacion. Allí descansó hasta que llegó la noche: avanzando entónces guiado por personas que conocian bien el terreno. La quietud mas perfecta reinaba en el campo enemigo. Los soldados se habian entregado

al reposo tanto tiempo turbado por una violenta persecucion muy de cerca. Hasta los centinelas parecian haberse rendido á la dulce persuasion de una mentida seguridad, y á los encantos de la lumbre del vivac. Mas no era así; pues un repentino "¡Quien vive!" vino á demostrar que el movimiento habia sido descubierto. Abandónase entónces el sigilo, y dando un grito entusiasta y haciendo una descarga en varias direcciones, que se armonizó bien con el prolongado toque de alarma de los tambores, los liberales caen sobre las avanzadas y penetran por las calles del pueblo. Y todo bien mirado, no hubo mucho descuido, pues á poco el avance es contenido por columnas bien ordenadas y compactas, como se pudo juzgar por los fulgores de un nutrido fuego de fusilería. Los asaltantes se replegan á los edificios en busca de abrigo, expiando las oportunidades de contestar los fuegos, y saltando de punto en punto, de esquina en esquina, unas veces bajando á la carrera por las callejuelas que les favorecian, ó atravesando algun jardin para desalojar á algun tirador certero que ocupaba la azotea.

Es sin duda una diversion excitante, ese juego de *escondidillas*, acechando, apuntando y haciendo fuego, con el que se mata un hombre á cada tiro; mas en breve ya no es posible avanzar sino mas despacio á cada paso, por en medio del laberinto de calles desconocidas; creciendo, con la oscuridad de la noche, el temor de verse atacados á cualquier momento desde mas de una direccion: este temor no carece de fundamento, pues Marquez bien presto percibe la situacion y procura flanquear á sus contrarios, quienes en breve se ven muy comprometidos; porque los soldados de Marquez conocen bien los puntos á propósito y las avenidas por donde deben acometer, y tienen fácil acceso á las casas desde donde hacen terribles descargas. Los liberales sufren fuertes pérdidas. El capitán Ormaña entre otros es hecho prisionero, con toda su compañía y conducido al cuartel general: "Fusíladlo!" grita Marquez con los ojos centellantes de

furia. Mas el oficial encargado de ello tuvo la prudencia de ocultarlo y esperar el resultado del combate.

Diaz empieza entónces á comprender que se ha aventurado demasiado: mas ya es tarde para retroceder. La suerte está echada y tiene que triunfar ó que perder la vida en este lance. Con tal motivo procura, ante todo, convencer á los suyos de que no hay otra alternativa que la victoria ó la muerte.

Así vuela de calle en calle para dictar lo mas conveniente, é infundirles ánimo. De súbito á la vuelta de una esquina se encuentra frente á frente de un peloton de soldados enemigos, los que al mismo tiempo que lo cercan, lanzando un grito de alegría, le tienden los fusiles. Al momento, el caballo asustado y sin obedecer á la rienda, salta hácia un lado, por entre las filas que lo envuelven, bajando por una calleja, aguijoneado por el ruido de los disparos que felizmente no tienen resultado. Diaz se salva, y puede decirse que aun ántes de percibir él mismo la magnitud del peligro.

La lucha continuó con mas furia, alumbrada por la rojiza luz de los edificios incendiados, cuyo fulgor parecia aumentar ó disminuir con el espantoso rugido del cañon, el ronco alarido de los asaltantes y los dolorosos ayes de los heridos y moribundos. Afortunadamente, la brigada de Oajaca se componia en gran parte de veteranos aleccionados por su jefe actual, á quienes las dificultades de su situacion léjos de desalentar, les infundian mayores brios. Á eso de media noche habian penetrado hasta muy cerca de la plaza, la que con su batería, que poco ha comenzara sus disparos, se habia hecho el punto objetivo. Diaz en persona guiaba á los suyos, quienes animados por su ejemplo, cargaron con tal denuedo, que penetraron por entre las filas de sus contrarios hasta llegar al término deseado.

Marquez tenia debilitado su centro, por haber destacado una gran parte de lo mejor de su fuerza á operar

sobre el flanco y retaguardia del enemigo, quedando tambien cerca de su persona una turba de hombres y mujeres, de los que van siempre en pos de la tropa, que no hacian mas que estorbar sus operaciones.

Sin embargo, él permaneció firme y alerta, alineando su despedazada columna. No era tiempo de tener compasion de esos indefensos, gente inútil, si no era acaso para servirse de ella como de una pantalla, miéntras se reorganizaban las filas. Diaz se apoderó de los cañones y los volvió sobre las agitadas masas, aunque no sin estremecerse de horror ante la inminente carnicería. En ese instante un oficial se adelantó rápidamente con los brazos extendidos para anunciar que se rendian. Diaz respiró como aliviado de un gran peso, y mandó levantar las bocas de fuego para que hicieran sus estragos mas allá, y obligaran á rendirse á los demás, lanzándose él hácia adelante para completar el triunfo. La rendicion, sin embargo, habia sido hasta cierto punto un ardid; pues á la par que unos cuantos depusieron las armas, entre ellos el subteniente bajo cuya custodia se hallaba Ormaña, y que se habia entregado á su prisionero, mucha parte de las desparramadas fuerzas de Marquez se alejaban, deslizándose protegidas por la oscuridad que por instantes aumentaba, y por la densa nube de humo.

Esta memorable victoria, digna de un Cortés ó Alvarado, y que ponía de manifiesto que no solamente los invasores extranjeros podian ejecutar hechos de increíble valor, fué alcanzada el 13 de Agosto de 1861, cuarto aniversario de uno de los primeros triunfos de Porfirio Diaz. De ninguna manera agradó á Ortega aquel acto de desobediencia, que daría todo el fruto y toda la gloria de esta campaña á un subordinado; mas conociendo que el gobierno premiaría con gran placer aquellas proezas, sin tener en cuenta los medios, ó la manera con que se habian realizado, ántes que parecer celoso, se apresuró á recomendar al delincuente. La entrada de Diaz á la capital fué una marcha triunfal, cuyo esplendor aumentó considera-

blemente una entusiasta manifestacion popular, fiel testimonio de reconocimiento á los servicios que prestó libertando al sur, y recientemente á la ciudad. Frescas estaban aun las flores con que los ciudadanos regaron su camino, cuando ya el gobierno le habia ceñido la banda de general de brigada.

La falta de actividad en el gobierno, la partida de Gonzalez Ortega para el norte con una gran parte de las mejores tropas, y el creciente disgusto de la tropa por el descuido de no pagarle sus haberes, dieron tiempo y medios á los conservadores para recobrase, especialmente con el estímulo de una intervencion extranjera en perspectiva. Puebla, Pachuca, y otros lugares cayeron en manos de ellos; el valle de Méjico fué invadido de nuevo, y la capital se vió tan de cerca amenazada que fué necesario declararla en estado de sitio. Envióse al general Tapia con casi todas las fuerzas de línea á hacer una nueva campaña, quedando el ministro Zaragoza con los guardias nacionales para defender la capital; lo cual llenó de consternacion á los habitantes inermes, muchos de los cuales salieron en busca de mas seguro asilo. Afortunadamente, la expedicion restableció la confianza hasta cierto punto, con la victoria decisiva obtenida el 20 de Octubre de 1861 en el Real del Monte, contra las fuerzas combinadas de Marquez y Tomás Mejía; victoria que se debió casi exclusivamente al general Diaz, cuya brigada formaba la principal columna, quien con una prevision rápida se posesionó de las dos alturas dominantes olvidadas por el enemigo, y en seguida se precipitó sobre sus mal organizadas filas con uno de esos empujes irresistibles que acostumbra. Esta vez tambien recibió la parte del leon respecto de los aplausos prodigados en la capital á sus salvadores, aplausos prolongados durante una serie de festividades.

## CAPÍTULO XV.

CINCO DE MAYO.

1861-1863.

ELECCION DE JUAREZ—MUERTE DE LERDO DE TEJADA—TRIUNFOS DEL GENERAL DIAZ—CONSTITUCIONALISTAS Y REFORMISTAS—INTERVENCION EXTRANJERA—EL CUERPO DE OBSERVACION—EN LAS CUMBRES DE ACULTZINGO—BATALLA DE PUEBLA—REFUERZOS FRANCESES—SITIO DE PUEBLA—DIAZ EN MÉJICO—EL GOBIERNO SE RETIRA Á SAN LUIS POTOSÍ—DIAZ COMO COMANDANTE EN JEFE.

Otra tempestad mas desoladora que la que acababa de pasar, iba á caer sobre la república. Juarez habia sido electo á la presidencia, que hasta ahora ocupó por sucesion constitucional. Varios candidatos se presentaron á disputarla, tan luego como se habian eliminado de la arena las armas de Miramon lo bastante para que pudiera tener efecto la accion popular. Juarez llevaba la ventaja, aunque no era militar, por estar en primera fila como un patriota cuya abstraccion de sí mismo, sabiduría administrativa, y sobre todo tenacidad de ánimo durante la larga contienda, le habian hecho captarse el cariño de todos los buenos mejicanos. Compartia de esta buena suerte el hábil y entendido Miguel Lerdo de Tejada, que era en verdad un rival formidable; pero la muerte lo quitó repentinamente de enmedio, y Juarez fué electo, aunque por una escasa mayoría, sobre sus competidores.

No debia dudarse, atendidas las circunstancias, en reconocer los servicios de tal hombre, y retener en el puesto jefe tan experimentado é influente, para cicatrizar las heridas de la guerra y encarrilar el país por